

REVISTA

Buceadores

Edición N° 93

Caleta de Almas



*Este Proyecto es Financiado Por:
El Fondo de Fomento de Medios de Comunicación Social
del Gobierno de Chile y del Consejo Regional
de Tarapacá 2025.*

01 Diciembre 2025



Unidad
FONDOS SEGEGOB
MEDIOS



EQUIPO REVISTA

Director y Redacción
Julio Salamanca M.

Fotografía Portada:-
Julio Salamanca

Diseño / Webmaster
Cristian Sánchez P.

Fotografías:
Julio Salamanca

ESPECIAL

3

Caleta de Almas

Síguenos en:



@buceadoreschile

revista@buceadores.cl



buceadoresrevista



RAÍCES PRECOLOMBINAS: UN TERRITORIO DE PERMANENCIA ANCESTRAL

por Julio Salamanca M.

Aunque los registros específicos sobre la prehistoria de las caletas en Tarapacá son escasos, su entorno inmediato ofrece pistas claras sobre su antigüedad. Diversos hallazgos en la costa de nuestra región, indican que la zona fue utilizada durante miles de años por pueblos nómadas y semisedentarios, grupos que se movían por el litoral en busca de recursos marinos y de las antiguas aguadas hoy desaparecidas. Entre estos grupos destacan los changos, célebres navegantes y pescadores que supieron dominar un espacio geográfico extremo, caracterizado por la aridez del desierto y la riqueza del mar. Su presencia se extendió por toda la franja costera de la región, dejando huellas en su modo de vida, artefactos de pesca y rutas de movilidad que probablemente incluyeron lo que hoy conocemos como las Caletas del norte.



Más tarde, durante la expansión del *Imperio Inca*, el litoral también fue integrado a redes de intercambio y control, aunque sin perder la autonomía cultural de los grupos locales. De este modo, se inscribe en una larga tradición de ocupación humana que combina mar, desierto y movimiento.

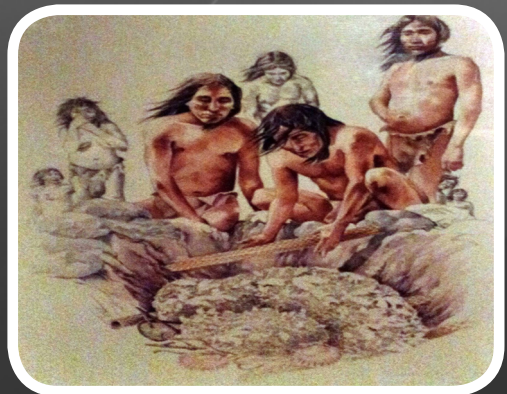
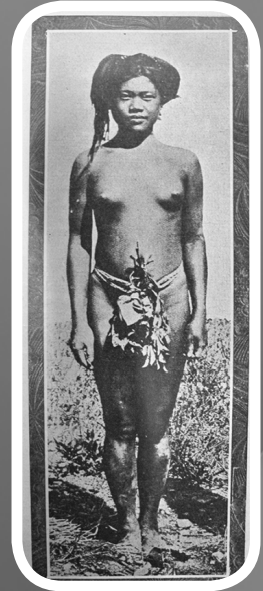
Podemos separar estos periodos como:

Colonialismo, República y salitre: la costa en transformación.

La llegada de los españoles no transformó de manera directa a cada una de las caletas, cuya historia específica sigue difusa durante este periodo. Sin embargo, su entorno regional sí experimentó cambios profundos. Tarapacá se convirtió en un territorio relevante por la extracción de plata y, posteriormente, durante los siglos XIX y XX, por el explosivo auge del salitre.

Mientras las oficinas salitreras florecían en el interior, la costa incluyendo pequeñas caletas como Chipana continuó sostenida por la pesca artesanal, una actividad que atravesó la Colonia y entró a la República como uno de los oficios más persistentes del territorio.

Algunas de estas caletas aunque pequeñas, comenzaron a consolidarse como un asentamiento pesquero estable, punto de vida para familias que encontraron en el mar no solo sustento, sino identidad. Entre ellas podemos ver a Chipana, Río Seco, Chanavaya, entre otras.



La Chipana de hoy: biodiversidad, cultura y memoria

En la actualidad, Caleta Chipana es más que un lugar de trabajo para pescadores. Investigadores y ambientalistas la consideran un sector de interés biológico y científico, especialmente por la presencia de abundante avifauna y por la posibilidad de que sirva como sitio de anidación de tortugas marinas, un fenómeno de enorme valor ecológico.

Pero Chipana también se integra al patrimonio cultural de Tarapacá, una región marcada por el dinamismo de su puerto, la inmigración particularmente italiana y el impacto de la industria salitrera. Aunque la caleta no vivió directamente el esplendor de estas épocas, forma parte del tejido que sostiene la vida costera que acompañó estos procesos históricos.

Un legado silencioso pero profundo

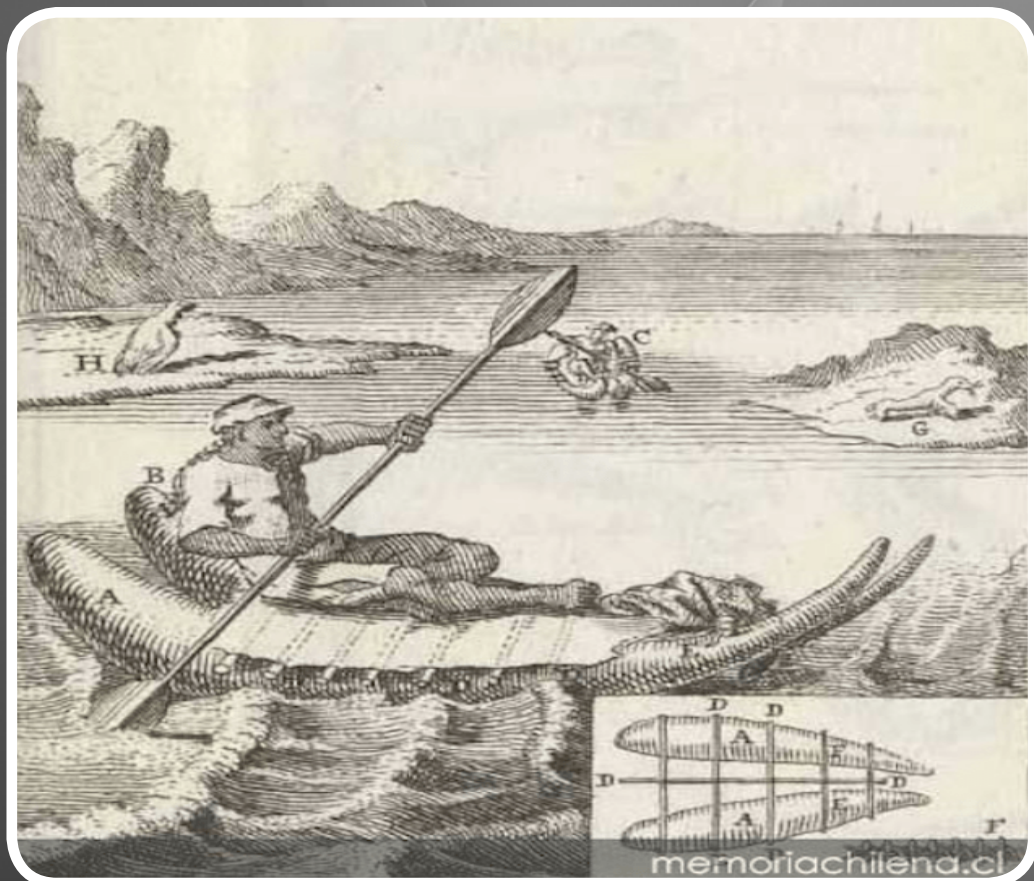
La importancia de Caleta Chipana no reside en grandes monumentos ni en hechos heroicos, sino en algo más sutil y resistente: la permanencia. En su paisaje de rocas, en la rutina de la pesca artesanal, en los ecos de los antiguos changos y en la biodiversidad que encuentra refugio en sus aguas, Chipana se revela como un punto donde el tiempo no desaparece, sino que se superpone.

Es un lugar donde conviven miles de años de historia humana con un presente que mantiene viva la relación íntima entre mar y comunidad. Un rincón que, pese a su aparente modestia, merece ser mirado con la misma atención que los grandes hitos de Tarapacá.

Caleta Chipana

A unos 120 kilómetros al sur de Iquique, en el silencioso desierto costero de Tarapacá, se encuentra la caleta más alejada de la ciudad de Iquique, un diminuto asentamiento de pescadores que, pese a su modestia, esconde una profundidad histórica tan vasta como el océano que la baña. Su pasado poco documentado y muchas

veces eclipsado por ciudades mayores, revela una continuidad humana que atraviesa milenios, desde los primeros grupos costeros precolombinos hasta los pescadores artesanales actuales. Chipana es, en esencia, un testimonio vivo de la relación entre el ser humano y el mar.



Durante aproximadamente diez mil años han transitado por estas costas grupos nómades como los Changos, quienes poco a poco se fueron asentando en lugares propicios para la pesca y la recolección de mariscos, parte importante de estos asentamientos los realizan las mujeres que fueron siguiendo hasta el día de hoy a hombres que se forjaron entre el mar y el sol implacable del norte de Chile.

El amor mueve y traslada montañas

Un gran porcentaje de mujeres que podemos ver hoy en la alejada caleta de Chipana, llegó a este lugar impulsada por el amor, siguiendo a buzos o mariscadores, siendo el pilar fundamental para establecer el asentamiento que vemos hoy día, con la tarea clara del cuidado de los hijos, formaron familia y un hogar... un hogar cálido y seguro como mencionan hoy en día.

Si bien el trabajo de las mujeres comenzó con el cuidado de la casa, fue evolucionando y derivando a través de los años, con un fin claro que es ver prosperar tanto su legado, como su caleta. Es por eso que hoy podemos ver mujeres ligada al mar, almas de mujeres que deambulan por el litoral en busca del preciado huiro que se exporta a China y que en ocasiones del año, da un gran dividendo a la economía familiar y local.

Es el caso de Marcela Contreras quien llega tras los pasos de su pareja a formar lo que hoy es la caleta Chipana, entregando su alma a la construcción de un hogar para sus hijos hace ya más de 20 años, desde el Valle del Elqui, en este lugar a pesar de lo mucho que le costó su adecuación, poco a poco en un ruco de cartón,



recuerda los años difíciles de la época, con la corriente del niño en contra, fueron saliendo adelante, recogiendo el huiro pudieron aprender la labor de mujer huirera. Con todo en contra, el agua que llega una vez al mes, supo aprovechar cada gota del vital elemento, y a pesar de las adversidades que había y hay hasta hoy, supo querer su espacio, su libertad y la paz que se vive en estos lugares.

Y Aunque no ve muchas posibilidades por ser una caleta alejada a la ciudad, no se iría de aquí, un común denominador entre las mujeres, si bien sus sueños son en común, más agua, más conectividad, y con eso han hecho patria, con sus hijas y nietas que siguen viviendo de la caleta Chipana, encuentran impagable la vida costera... “yo no me fui de aquí, ya llevo más de 22 años y ya no me fui.”

Marcela Veliz: una de las primeras personas en llegar a caleta Chipana hace casi 33 años, llega a través de su papá, cuando en aquella época solo habían 3 o 4 rucos esparcidas por todo el lugar, si bien se crió en Iquique, ya no volvería más a la ciudad, aquí puede vivir libre, sin horas, la tranquilidad es algo que predomina en Chipana, a pesar que el agua sigue siendo problema grave, sobre todo en verano que nos cuenta que la caleta sube sustancialmente la afluencia de gente.



Se detiene a valorar algunos proyectos que se han implementado en su caleta, como los estanques de agua para intentar apagar algún incendio, hay que tener en cuenta que en caso de incendio es una hora y media desde Iquique y una hora desde Tocopilla, algo que hace casi imposible salvar alguna vivienda de un repentino fuego.

Se dedica a su emprendimiento de salida de pesca, que se activa en verano, además de dedicarse a la pesca con su marido, a pesar del machismo existente en el rubro por ser mujer, pero a pesar de aquello, sobre sale con el reconocimiento de sus pares tanto en Iquique como fuera de la región.

En todos sus años ha visto como cada día va cambiando la biodiversidad en el mar, “ha llegado mucha gente sin permiso a barrear el huiro, arrasan con las algas, y dejan pelado, y debajo de ese huiro se cría el loco, el erizo, los peces”.

Sus sueños son ver más potenciado el tema del turismo en su caleta, que puedan tener red de agua potable, colegios más cerca.

Si bien sus hijos quieren seguir viviendo en la caleta, hay oportunidades que siguen faltando, el turismo se repite en toda conversación, pero la lejanía los afecta, a pesar de tener avistamientos de ballenas, tortugas que salen a la orilla... un potencial casi único en la región.

María Chaparro, llega a Caleta Chipana hace diecisiete años atrás, como muchas, por amor, cuando no había luz, ni agua, en la época que había solo un niño, pero aun así las mujeres se organizaban en juntas de vecinos, cuando se cobraba mil pesos por casa para tener luz comunitaria.



Coincide que es extremadamente tranquilo vivir en Chipana, hasta el día de hoy; sólo extraña de la ciudad la posibilidad de tener más talleres para la mujer, que se realicen en la caleta, viajar tres veces por semana a Iquique significa al menos 2 horas de viaje sólo para llegar a la ciudad, algo que se hace inviable.

“oportunidades para las mujeres, aún falta mucho, pero aun así, la tranquilidad que aquí se vive, es impagable”.

Así es como van dejando su alma en una caleta que les ha costado sacrificio, pero las recompensas al parecer siguen siendo más, para establecerse de por vida junto al mar.

Caleta Río seco

La memoria salinera que renació como pueblo de mar.



A 95 kilómetros al sur de Iquique, donde el desierto se encuentra abruptamente con el Pacífico, se extiende Caleta Río Seco: un pequeño y angosto asentamiento costero que, pese a su tamaño, atesora una de las historias más singulares del litoral tarapaqueño. Su pasado está marcado por la dureza de la industria salinera, la audacia de sus primeros pobladores y, hoy, por la resiliencia de una comunidad pesquera que intenta mantenerse en un escenario de recursos cada vez más escasos. Río Seco es, al mismo tiempo, un sitio arqueológico, un pueblo vivo y un museo a cielo abierto.

Los orígenes: una epopeya salinera en la frontera del desierto

La historia de Río Seco comienza hacia 1890 o incluso un poco antes con la llegada de los hermanos Julio y Arturo Del Río, pioneros que dieron inicio a las primeras actividades productivas en un territorio entonces completamente deshabitado. Su hijo, Ramón Del Río, nacido en 1897, relató en una entrevista a la Revista Camanchaca cómo lucía ese paisaje inicial: un paraje inhóspito, sin caminos,

aislado de Iquique y Tocopilla, cuya conexión con el resto del país solo era posible por mar.

La sal extraída del Salar Grande se transportaba en un recorrido épico. Carretas tiradas por mulas descendían por un camino abrupto y peligroso en medio del desierto. Los animales morían con frecuencia en la travesía, y el viaje era lento y agotador. La necesidad de optimizar el traslado llevó a los Del Río a formar una sociedad para construir un andarivel: una obra monumental cuyo costo alcanzó el millón de pesos de la época. De esta infraestructura sobreviven hoy sólidas bases de cemento que permiten imaginar la magnitud del proyecto.

En la caleta, la sal se moleteaba, secaba y seleccionaba en piscinas de decantación cuyas ruinas siguen dispersas entre los roqueríos. Este circuito constituyó un engranaje vital para la economía salinera de Tarapacá durante el auge industrial de los siglos XIX y XX.

El declive del salitre y la transformación del pueblo

Con la crisis de 1930 y el progresivo cierre de las oficinas salitreras, la región vivió un éxodo y un silencioso abandono. Las localidades costeras que habían funcionado como puntos logísticos para embarcar o procesar minerales perdieron su razón de ser. Río Seco no fue la excepción: parte importante de su actividad económica desapareció, y muchos de sus pobladores emigraron.

Sin embargo, el caserío no murió. Con el tiempo, la caleta fue reconvirtiéndose en un pueblo de pescadores, manteniendo la tradición marítima que caracteriza a toda la costa tarapaqueña. Surgieron nuevas viviendas, se trazaron calles, una plaza y una capilla, y gracias al esfuerzo del investigador y habitante Luis Covarrubias, se levantó el Museo de la Sal, el espacio que hoy resguarda la memoria industrial de la localidad.

Río Seco hoy: identidad pesquera y patrimonio vivo

Actualmente, Caleta Río Seco combina lo que queda de su pasado salinero con la vida cotidiana de un pueblo de mar. Sus playas angostas, rocosas y expuestas al oleaje, suman solo 150 metros de extensión y unos 2.000 m² de superficie, pero entre sus roqueríos emergen muros, cimientos y antiguas piscinas de decantación que evocan la actividad frenética de antaño.



A la vez, se han formado pequeñas playas semicerradas de arenas blancas que funcionan como caletas eventuales y que poseen condiciones ideales para el buceo y la pesca deportiva.

La localidad se organiza en un núcleo histórico y un loteo más reciente entregado por Bienes Nacionales, destinado a regularizar ocupaciones y hoy completamente habitado. Entre ambos sectores aún persisten viviendas irregulares, testigos de la compleja dinámica territorial de la zona.

La pesca artesanal es la principal actividad económica, aunque atraviesa profundas dificultades: la escasez de recursos, la sobreexplotación y las vedas han golpeado duramente a los pescadores, quienes deben adaptarse a un mar que ya no ofrece lo que antes garantizaba.

Un museo al aire libre entre mar, sal y desierto

Caminar por Caleta Río Seco es recorrer un espacio donde aún se siente el eco de una industria que moldeó la vida del norte de Chile. Las ruinas industriales, el Museo de la Sal, las bases del antiguo andarivel y los testimonios de los primeros pobladores conforman un relato único, que logra conectar a los visitantes con un pasado de sacrificio y emprendimiento.

Hoy

Pero Río Seco también es presente: un pueblo que no se rinde, que reinventa su vínculo con el mar y que sigue habitando un territorio extremo, moldeado por el viento, la sal y la historia. Si bien la historia de esta caleta es rica en historia, basta una vuelta por sus calle para ver como el desazón de su gente se siente al conversar con ellos, el abandono por parte de la industria minera, como sienten que han sido perjudicados por los proyectos, como han contaminado su aguas, por sus narices pasan camiones cargados de promesas que no llegan a sus mesas, son el patio trasero de todas las caletas cercanas a Iquique.



Aquí no llega la modernidad, ni la ayuda de la empresa privada, en rio seco como su nombre lo dice los sueños de mejoría se están secando poco a poco, falta de inversión de parte de privados es el reclamo de su presidente de la caleta Río seco “Darwin Romero”, quien lleva veintiséis años como buzo en rio seco.

“Las mineras nos están matando, con las famosas plantas de desalinización, se están llevando todas las semillas del mar, los huevos de nuevas especies, todo eso se arrastra, y no son capaces de venir ver qué pasa, la gente de medio ambiente, están arreglados con las mineras, contratamos un abogado para ir en contra de ellos (las mineras), partimos como avión, y al mes el abogado... mira en realidad esta media complicada la cosa, en realidad no se puede hacer nada”. Comenta



El caso de Rio Seco es crítico, basta conversar con su gente para darse cuenta del descontento y el abandono que existe por parte de las autoridades medio ambientales, y ni hablar de la empresa privada, hay un descontento generalizado en ellos, algo que no pasa en las demás caletas de la región, si bien poseen una planta para darle un valor agregado a sus productos, ven día a día como el ecosistema marino va deteriorándose.

El destronque de las algas, es factor fundamental en un ecosistema rico en especies, lo que ha llevado a muchas mujeres a rebuscarse en otras áreas, luego de a ver vivido del mar.

Luzmira Graciela Brante:

Llega con su esposo a Rio Seco aproximadamente hace 22 años atrás, dedicó su vida a trabajar en las almejas y mariscos, con el paso del tiempo y la escases de productos, dedicó su vida a la recolección del huiro, como muchas mujeres que viven en las caletas de Tarapacá, una vida muy sacrificada, “yo hasta con mis bebes teníamos que salir a trabajar, a veces desde las dos de la mañana” hoy en día ya es mujer de la tercera edad, y el tiempo pasado en el mar, le paso la cuenta el frio de invierno con la temperatura del mar sumado al paso de la edad, sus labores disminuyen, enfermedades a los huesos, y el ingreso de inmigrantes, le han quitado y coartado las habituales fuentes laborales.



Comienza el destronque de las algas, causando graves daños ecológicos y económicos tanto para las mujeres como para la población de Rio Seco.

Muchos años han pasado desde la abundancia del huiro en la caleta, donde lo quemaban para el frio, se repite la queja del abandono por parte de las autoridades. Cada año hay más escases a la orilla del mar.

Pocas oportunidades se distribuyen para las mujeres de Rio Seco, sobre todo para las mujeres de la tercera edad, las enfermedades y accidentes asociadas a muchos años de alguera las imposibilitan de trabajar. Si bien se reúne en torno a mujeres de la tercera edad, es un escape corto, no soluciona sus problemas diarios.

Rio seco tierra de nadie

“aquí entro la delincuencia y entró la droga” no se ve una organización de los vecinos para combatir el flagelo de estos tiempos, lo que en mayor caso afecta a mujeres de la tercera edad, esto se suma al abandono que sienten, es penoso ver la realidad de un lugar que podría ser un modelo a seguir.



Betzi teresa cañas

Llega a Rio seco luego de un tortuoso matrimonio en Iquique, sólo un fin de semana le bastó para decidir quedarse a orillas del mar, comprando un pequeño ruco que le proporcionaba techo y una cocina, un pasado precario en cosas materiales, pero de gran abundancia en recursos del mar, poco a poco dedicándose a la venta de mariscos, fue solventando su vida y la de su hijo, lo que muestra la fortaleza de y la resiliencia de la mujer.



Pero a pesar de lo precario, en aquella época, el mar la enamoró y se fue quedando hasta el día de hoy, tener una fuente de trabajo y la tranquilidad que le brindaba Rio Seco, ser libre en un lugar es factor fundamental para todas aquellas mujeres de las caletas, para dejar su alma allí. “yo creo que me voy a morir en Rio seco”.



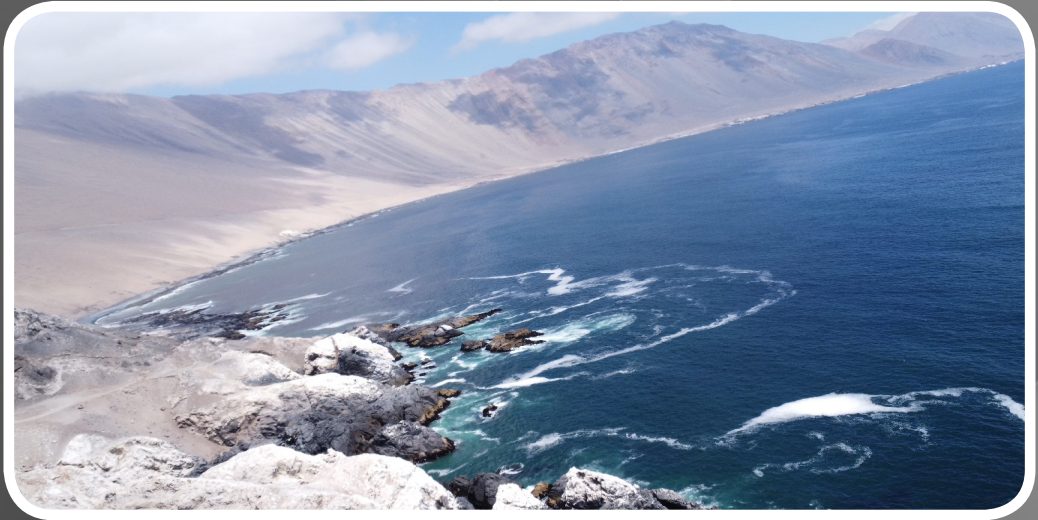
Chanavaya una caleta rica en historia y potencial turístico

La caleta que resiste entre la memoria del guano y la fuerza del mar.

A 80 kilómetros al sur de Iquique, envuelta en un paisaje de acantilados, viento salino y una costa brillante bajo el sol del desierto, Chanavaya es mucho más que una caleta de pescadores: es un territorio donde conviven tres mil años de historia humana, un pasado industrial casi olvidado y una identidad Aymara que se rehúsa a desaparecer. Hoy, con más de 100 habitantes aprox., este pequeño poblado costero encarna una de las memorias más complejas y ricas del litoral tarapaqueño.

Un origen de miles de años

Antes de que las balsas changas surcaran la costa y mucho antes de que los barcos guaneros coparan el horizonte, Chanavaya ya era hogar de grupos recolectores-cazadores. Hallazgos arqueológicos señalan una ocupación de entre 3.000 y 4.000 años, marcada por desplazamientos desde las tierras altas hacia el mar. La intensificación de la aridez en los Andes obligó a estas comunidades a buscar nuevos espacios para sobrevivir: la costa ofrecía pesca, mariscos y movilidad.



En esos tiempos remotos, se configuró un patrón de asentamiento que combinaba la verticalidad andina intercambio con las alturas y la horizontalidad costera. Los ancestros de Chanavaya formaron parte de esa red de complementariedad ecológica que unía mar y altiplano. En su cultura material y sus prácticas de recolección resuenan nombres como Chinchorro, Cavanca, Camanchaca y Changos, denominaciones de diversos grupos costeros que compartieron tecnologías que aún persisten entre pescadores del norte.

El ciclo del guano: auge, tragedia y olvido

Si la historia ancestral explica la raíz más profunda de Chanavaya, es el guano lo que sostiene su memoria reciente. Desde al menos el Periodo Intermedio Tardío (900–1500 d.C.) y hasta el siglo XIX, la recolección de guano de ave fue motor económico de la región. Los agricultores Aymara dependían de este abono para fertilizar las tierras de la Pampa del Tamarugal, generando un flujo constante entre costa e interior.



Con la llegada de las repúblicas y el auge exportador, el guano tarapaqueño entró a una nueva escala. A mediados del siglo XIX, las covaderas de Pabellón de Pica, Chanavaya y Huanillos se convirtieron en focos industriales manejados muchas veces bajo condiciones laborales cercanas a la esclavitud. La mano de obra indígena, mestiza e incluso migrantes chinos culí, sometidos a extenuantes jornadas y escasa alimentación, sostuvo este ciclo productivo.

Durante este auge, Chanavaya entonces llamada Puerto Inglés llegó a tener más de 1.300 habitantes, dos muelles, ferrocarril, oficinas administrativas e incluso una agencia consular inglesa. El bullicio del trabajo resonaba entre acantilados y bodegas.

Pero la prosperidad tenía fecha de caducidad. El maremoto de 1877 destruyó completamente el puerto. Sobrevivientes relataron incendios, oscuridad total y el mar irrumpiendo con furia entre las calles. Después vino la Guerra del Pacífico, la anexión chilena y, finalmente, el ascenso del salitre, que sepultó el negocio del guano.

Para 1880, el litoral sur de Iquique comenzó un proceso irreversible de despoblamiento. Chanavaya quedó prácticamente abandonada. Solo quedaban restos: rieles oxidados, muros perdidos, senderos precarios que aún hoy se desmoronan lentamente.

De Puerto Inglés a Chanavaya: un nombre nacido de un juicio

El nombre actual de la caleta proviene de un episodio curioso de comienzos del siglo XX. Durante una fiscalización, un barco fue sorprendido cargando guano en Puerto Inglés, infringiendo regulaciones peruanas. Su tripulación argumentó que no estaban en Puerto Inglés, sino en “Chanavaya”. La estrategia legal resultó efectiva y el acusado fue absuelto. Desde ese momento, el nombre Chanavaya se impuso en documentos oficiales y terminó desplazando su denominación original.

La matriarca del mar: Agustina Guacante Chanavaya

Si hay una figura capaz de encarnar el renacimiento de esta caleta en el siglo XX, esa es Agustina Guacante Chanavaya, matriarca Aymara que llegó en la década de 1940. Ella formó familia, organizó la vida comunitaria e inculcó un profundo respeto por el mar y por las raíces andinas. Su apellido quedó para siempre ligado a la caleta, su legado vive en la plaza que lleva su nombre, y su memoria se mantiene en la voz de pescadores y descendientes que recuerdan sus enseñanzas.

El resurgimiento poblacional de Chanavaya comenzó hace unos 40 años, cuando familias de buzos y mariscadores decidieron volver a ocupar la costa. Muchos de ellos se consideran herederos espirituales del trabajo y de la visión de Agustina.

El presente: un pueblo pequeño con una identidad inmensa

Chanavaya es hoy una caleta en reconstrucción permanente. Su economía depende de la pesca artesanal, integrada a la Ley de Caletas para asegurar la continuidad de las instalaciones pesqueras. Buceadores, mariscadores y pescadores mantienen viva la actividad primaria del borde costero, aunque enfrentan escasez de recursos y vedas que amenazan su estabilidad económica.

La identidad Aymara se conserva mediante la Asociación Indígena Aymara de Chanavaya, que lidera ceremonias como el Machaq Mara, el Año Nuevo Andino. Es un gesto que reafirma la conexión entre el mar y las alturas, un vínculo que acompaña a la comunidad desde tiempos prehispánicos.

Patrimonio en riesgo, memoria en pie

Hoy, los vestigios del ciclo guanero andamios, senderos, bases de muelles, restos de bodegas están abandonados. Las rutas son peligrosas, la señalética está oxidada y no hay protección patrimonial. En Chanavaya, la historia literalmente se erosiona con el viento



Sin embargo, quienes viven allí no han renunciado a su pasado. Lo recuerdan, lo cuentan y lo dignifican.

Así como Rio Seco debe ser la caleta más olvidada de Tarapacá, Chanavaya gracias a su historia es la más famosa y con mayor potencial turístico de todas. Tiene historia, turismo, buceo, pesca, trekking entre otros atractivos; y sus mujeres han sabido aprovecharlos.

Muchas de las personas vecindadas en Chanavaya, llegan como veraneantes, es el caso de:

Pamela Macaya: cinco años han pasado desde que decidió cambiar el rumbo a su vida y decidió vivir en Chanavaya, a pesar de la sorpresa de su familia, cambió la vida de la ciudad de Iquique a la tranquilidad que te da vivir pegada al mar, y a pesar de la lejanía con centros médicos, para ella, todo se compensa con la vida al aire libre y lo que eso con lleva en su salud mental, lo que se traduce en una mejor salud física.



Si bien la familia es importante a la hora de una decisión como esta, las compensaciones son mayores, la peligrosidad es una de ellas en esta caleta, ya que no se ve delincuencia como en Iquique; también las oportunidades laborales pesan para cambiar tan radicalmente de vida.

El Huiro ha sido a nivel nacional el abrazo perfecto para que mujeres valientes puedan sostenerse viviendo a orillas del mar, ha sido la inspiración perfecta para liberar esas ganas de vivir mirando cada tarde un atardecer, criar a sus hijos y sostener una familia, marcando así un legado que perdura por muchos años. Y Pamela no es la excepción, también dedicada al huiro en sus comienzos, fue el punta pie inicial para construir su casa, si bien esa vida es muy sacrificada, levantándose de madrugada, acarrearlo hasta su casa

para que no se lo roben, se debe dejar secar por al menos cuatro días, luego girarlo por tres días más y finalmente empaquetarlo, una labor sacrificada que en ciertas épocas del año es bien pagada.

En los años que Pamela lleva en Chanavaya, ha visto la disminución de las algas, parte importante en la reproducción de especies, tanto de peces como moluscos, además que sirven de escondite de pulpos. Un ejemplo es que ya no se ven almejas ni locos cerca de la caleta Chanavaya.

Pero así como ella ya han ido tomando conciencia medio ambiental para cuidar y resguardar el cuidado de las algas en roqueros... el destronque de la misma, causa un daño a largo plazo para algueras, pescadores y buzos mariscadores; sin mencionar la gran cantidad de generaciones de peces que se pueden perder en el lapso en que tarda el alga en recuperarse.

Yeniret Lillo: una historia de amor la llevó a quedarse en la caleta de Chanavaya, la familia de su actual esposo vivía ya en la caleta, hasta que un día empaquetó toda su vida antes de pandemia y nunca más se regresó a Iquique. Optando por la tranquilidad para sus hijos, a la comodidad de salir a la esquina y comprar cosas tan básicas como un limón en la ciudad.

Poco a poco fue formando su hogar, adecuándose a cosas como vivir en comunidad.

Cabe mencionar que en caleta Chanavaya hay mucha gente de la tercera edad.

Se dedica a ayudar a su marido en el trabajo del mar como buzo mariscador, se han ido complementando perfectamente, mientras él dedica tiempo a sacar pulpos, ella en las orillas va recolectando



almejas, luego “machuca” los pulpos que trae su marido, para venderlos en ceviche, o al vacio; dando así un valor agregado a los productos del mar.

Aun viendo la falta de oportunidades que pueden existir en una caleta, le gusta vivir así, es la tranquilidad para ella y sus hijos lo primordial, los hijos viven sin celular, cosa extraña hoy en día, pero para ella es fundamental para darle una mejor calidad de vida.

Hay cosas que sin duda siguen faltando, como la salud, algo que tienen una vez al mes, con un alto porcentaje de persona de la tercera edad, la salud es algo que aun esta al debe dentro de las más de cien familias que habitan esta localidad.

“ser mamá de un niño con autismo es difícil, como le digo a mi hijo que tenemos que salir a la carretera para hacer dedo”.
Comenta

Pero a pesar de las incomodidades dejan su alma en la caleta.

Con una clara visión en que el futuro de Chanavaya está en el turismo, sueña con un futuro con una mejor salud, una red de apoyo para los adultos mayores, para niños con autismo, ojala un fonoaudiólogo, un psicólogo infantil, para que en el futuro sea una



gran caleta, y así que sus hijos quieran seguir viviendo allí.

Caleta Cavancha

Del refugio pesquero ancestral al corazón moderno de Iquique

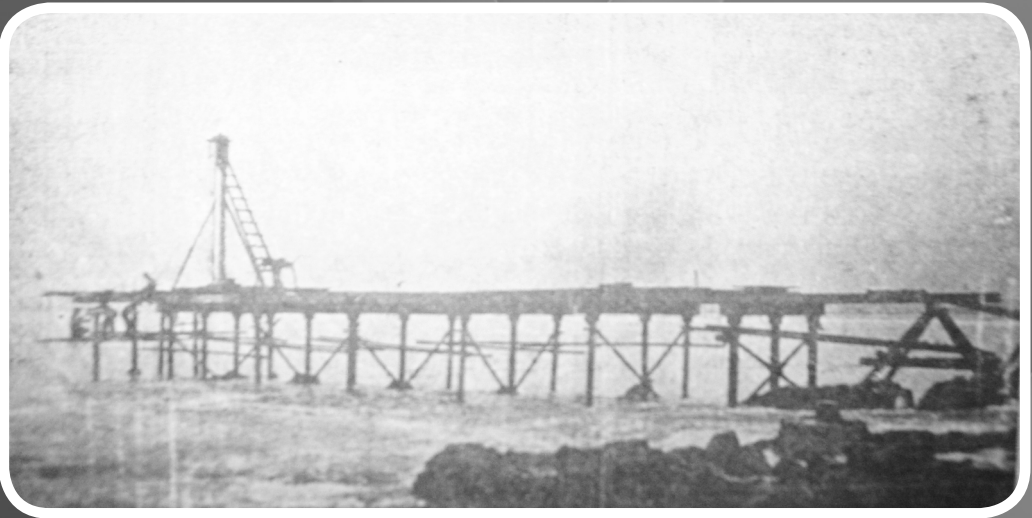
En el borde costero más emblemático de Iquique, donde la arena blanca se funde con un mar de oleaje suave y turistas recorren un moderno paseo, todavía late una historia mucho más antigua. Cavancha hoy barrio vibrante, con una playa muy concurrida y postal internacional; nació como una humilde caleta de pescadores, un espacio donde familias enteras vivieron por generaciones de lo que el océano generoso ofrecía.



Ese origen, aunque envuelto ahora por torres residenciales, bares y restaurantes, no se ha perdido: sigue vivo en la Caleta Cavancha, donde los pescadores artesanales continúan llegando cada mañana con sus capturas frescas, preservando una tradición que se remonta siglos atrás.

Un nombre cargado de memoria

El nombre “Cavanca” tiene un origen Aymara y significa “zanja”. Pero en la tradición local, este significado adquirió un giro legendario: se cuenta que en tiempos coloniales y republicanos tempranos, cuando piratas y asaltantes acechaban las costas atraídos por las riquezas de las minas de plata y oro, los habitantes de la península cavaban grandes zanjas para enterrar sus tesoros, resguardándolos de saqueos.



Con el tiempo, la expresión popular de la “cava ancha” dio lugar al nombre que hoy identifica a una de las zonas más icónicas de Iquique.

La tradición pesquera:

Aunque el barrio ha cambiado, la esencia de Cavanca está en su caleta. Allí la actividad pesquera sigue siendo el motor cultural y simbólico del sector. Los pescadores continúan trabajando desde la madrugada, ofreciendo productos frescos en un espacio que resiste entre la modernidad y el encanto de lo tradicional.

Este lugar fue durante siglos un refugio para pescadores, y aún hoy conserva esa atmósfera de oficio antiguo, de saber transmitido de generación en generación, donde convivencia y mar forman parte del mismo ADN.

El Cavancha de antaño:

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, la península de Cavancha comenzó a transformarse también en un espacio de recreación para los habitantes de Iquique. Hasta allí llegaban las familias para disfrutar del aire marino, caminando por la orilla o viajando en los carros del Ferrocarril Urbano, inaugurado en 1886, cuyo trazado terminaba en la península, luego de recorrer la Avenida Baquedano y girar por la calle Los Rieles.



Esa conexión convirtió al sector en un punto de encuentro social. Se construyeron grandes y elegantes restaurantes, muchos con galerías sobre el mar, que rápidamente se convirtieron en lugares favoritos de la élite y de las familias iquiqueñas. Los fines de semana y días festivos, la zona se llenaba de gente que buscaba baños de mar, música, tertulias y buena gastronomía.

Cavanca ya era, en ese entonces, un centro de recreo renombrado, una antesala del barrio moderno que hoy conocemos.



Del balneario histórico al barrio turístico actual.

Hoy, Cavanca es uno de los barrios más concurridos y turísticos de Iquique. La playa que lleva su nombre es símbolo de la ciudad: arena blanca, aguas tranquilas, palmeras, surfistas y corredores conviven a diario en un paisaje que combina naturaleza y vida urbana.

El sector alberga hoteles, bares, restaurantes, parques y torres residenciales que se han incorporado al diseño costero, convirtiendo a Cavancha en un punto neurálgico del entretenimiento. Sin embargo, en medio de esta modernidad, la caleta se mantiene como un recordatorio vivo del origen humilde y profundamente marino del barrio.

Cavancha: un puente entre el pasado y el presente

La historia de Cavancha es la historia de Iquique mismo: mezcla de tradición costera, relatos ancestrales, modernización y memoria colectiva. La caleta, con sus pescadores artesanales, es un testimonio de continuidad cultural en una ciudad en constante cambio.

Aquí, entre el mar y la ciudad, entre la leyenda de los tesoros enterrados y las olas que acarician la playa más famosa del norte de Chile, Cavancha sigue siendo ese punto donde la historia no se esconde: simplemente cambia de forma, sin olvidar sus raíces.



Y las mujeres han sido parte de cada uno de estos cambios, como en su momento lo fue Filomena Valenzuela Goyenechea, porque detrás de todo cambio siempre hay una mujer esforzándose para construir el futuro de su familia.

Si bien en la Caleta Cavanca existen mujeres trabajando como buzos o pescadoras, si hay quienes llevan una gran cantidad de años ayudando y dando soporte a hombres que si lo hacen, una tarea que no es menor tomando en cuenta que son ellas las que terminan vendiendo, o procesando pescados o mariscos, contribuyendo en la economía familiar y local.

Hoy caleta Cavanca es un agradable lugar, una visita obligada para residentes y turistas, una atracción más en esta ciudad, y si bien no es una caleta como asentamiento humano, muchas familias viven de él.



Norma Henríquez, con cuarenta y ocho años ligada al mar con su esposo, comprando y distribuyendo productos del mar, con el paso del tiempo ha visto como los costos de la vida en la caleta Cavanha han ido bajando, poco a poco se ha ido pagando menos por los productos que cuesta más extraer.

Mujer de pescador, de tradición pesquera, ve como en su caleta, las mujeres han ido de menos a más, participando no tan sólo en la venta, si no en la parte administrativa de una tradición que perdura por décadas. Capacitándose en nuevas tecnologías y herramientas.

Ha cambiado mucho la apariencia de lo que hoy es su casa de trabajo, con mayor espacio y tecnología, espera el espacio para que más mujeres se integren en un sistema machista de la pesca artesanal que rodea a la caleta Cavanha.

Pero a pesar de todo participa de proyectos, mezclándose con mujeres de otras caletas, conociendo otras realidades, apuntando también al turismo como arma fundamental para la autosustentación.

Caleta Riquelme, el corazón pesquero y patrimonial de Iquique

Situada en pleno centro de Iquique, a un costado del puerto y frente al Museo Corbeta Esmeralda, la Caleta Riquelme es mucho más que un punto de desembarque. Es un espacio donde convergen historia, tradición, gastronomía y un profundo sentido de pertenencia comunitaria. Cada día recibe a cientos de familias y turistas que llegan atraídos por los sabores del océano y por la frase que define su identidad: “desde el mar hacia tu mesa”.

Un origen ligado al mar

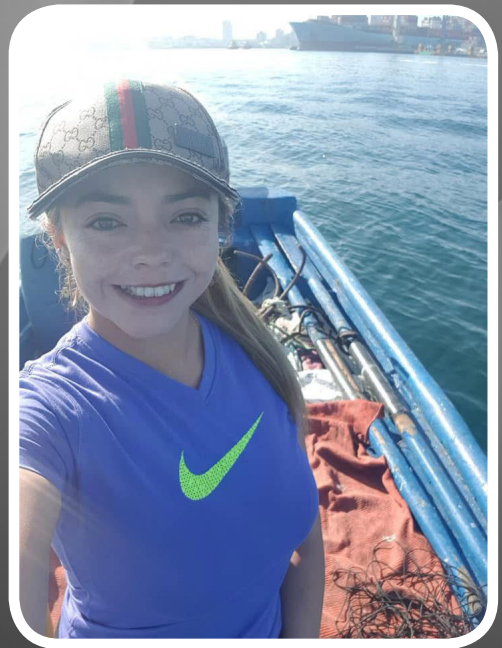
Los primeros antecedentes de la Caleta Riquelme se remontan a los antiguos asentamientos pesqueros de la zona norte de Chile. Durante generaciones, este rincón ha sido refugio y punto de encuentro para pescadores artesanales, quienes encontraron aquí su lugar de trabajo, intercambio y camaradería.

Con el paso del tiempo, la caleta se consolidó como un eje fundamental para la economía local, marcando la vida cotidiana de Iquique y convirtiéndose en uno de los símbolos más arraigados de la identidad marítima de la región.

Un nombre que honra la historia naval

La caleta toma su nombre del Guardiamarina Ernesto Riquelme, héroe del Combate Naval de Iquique ocurrido el 21 de mayo de 1879. Fue él quien disparó el último cañonazo de la corbeta “Esmeralda”, simbolizando la resistencia y el sentido de deber que caracteriza la tradición naval chilena.

Este homenaje se ve reforzado por la cercanía al Museo Corbeta Esmeralda y por los paseos en lancha que parten desde la caleta hacia el sitio donde la nave se hundió, convirtiendo al sector en un punto de profundo valor histórico y educativo.



Hoy, cerca de 438 pescadores artesanales operan desde aquí, distribuidos en 152 embarcaciones, extrayendo recursos como

cojinovas, corvina, cabrilla, dorado, albacoras, tiburones, pulpos, erizos, piures y otros mariscos.

La caleta no sólo abastece a la ciudad, sino que se ha convertido en un destino gastronómico regional donde la tradición culinaria se mezcla con los sabores frescos del Pacífico.

Caleta Riquelme: un patrimonio vivo

Caleta Riquelme es un espacio donde convergen historia naval, pesca artesanal, gastronomía y cultura viva. Un rincón que late al ritmo del océano y donde cada ola parece narrar un relato de esfuerzo y tradición.

Esta tal vez sea la caleta más visitada por turistas y gente local, destacando entre todos sus atributos, las mujeres como motor de venta e impulso económico, teniendo entre ellos también a mujeres que participan activamente de la pesca como tradición familiar.

Rosa Arenas:

Pescadora artesanal hace siete años aproximadamente, pero una vida ligada al mar con su padre, la costumbre que la mujer no puede navegar, solo fue un mito para ella, con decisión sacó su matrícula de pesca teniendo a las mujeres del sur como protagonista del deseo de acompañar a su papá en labores de mar.



Una buena experiencia hasta el día de hoy recuerda, como algo enriquecedor, si bien su labor solo era pescar, no deja de ser un gran logro si tomamos en cuenta el factor climático, el movimiento de la embarcación, el frío, más de alguna vez pasar hambre, pero el amor al mar, y entregar tu alma en ello, le da la convicción que se puede vivir de eso.

Con el pasar de los años ha visto como otras mujeres en el sector de pesca ha ido en declive, y si sumamos como las empresas han ido contaminando, el futuro no se ve muy prometedor, el apoyo del estado tampoco ha sido de gran ayuda a su juicio.

Al debe esta la participación de las mujeres en la caleta Riquelme como pescadoras o mariscadoras, si bien se pueden ver en los puestos de ventas o restaurantes, es porque son esposas de los mismos pescadores, sólo en su sindicato, no hay más de seis mujeres, si bien algunos hombres creen que las mujeres no son capaces de desenvolverse en el ámbito marino, ella, es la demostración clara que si están capacitadas y que existen jóvenes que puedan participar de igual a igual con los hombres.

La identidad de la caleta Riquelme es parte de las cosas que tanto le gusta de estar allí, por lo que hace un llamado a todas aquellas mujeres que tal vez quieran participar de esta actividad, a atreverse.

La experiencia de vida en el mar, es el mejor pago para ella en sus sacrificados días en el mar, por eso es que saca la voz para cuidar su espacio de trabajo.

Hoy en día su padre se convirtió en su partner, el que le mostró la vida en el mar, e inculcó su amor por lo que hace, denota en ella la energía que se necesita para liderar a jóvenes mujeres que puedan seguir sus pasos, aun que para ella la idea es estar toda su vida ligada al mar, entregando su alma a la caleta Riquelme.

“estoy aquí, estoy tranquila... estoy en paz, tengo recuerdos tan lindos que me hacen estar ligada a esto toda mi vida”



REVISTA - BUCEADORES

